



«MENGUE», DE ANA MARTÍNEZ CASTILLO

EDICIÓN DE CLARA SIMINIANI LEÓN
<https://orcid.org/0009-0008-3411-9022>
siminianileon@unistra.fr

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ (PROGRAMA DE DOCTORADO EN ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS,
LITERARIOS Y TEATRALES) / UNIVERSITÉ DE STRASBOURG

y nos tumbamos a esperar a que empiece
el viaje al más allá.
Pero no empieza hasta que empieza.

«Mengue», Ana Martínez Castillo

Hay algo en los relatos de Ana Martínez Castillo del orden de la sensación. Siguiendo a Gilles Deleuze, entiendo la sensación como la captación de fuerzas latentes que el arte consigue volver visibles: «non pas rendre le visible, mais rendre visible»¹ (2002: 57). Representar lo oscuro no es lo mismo que hacerlo perceptible en la experiencia estética y, por extensión, vital. Esto es algo que Martínez Castillo tiene incorporado en su forma de vivir el mundo, y que por ello inunda su narrativa:

Me considero una autora oscura y también hay un reflejo de algo más, porque, dicen, una debe escribir siempre sobre lo que conoce. Existe una parte de imaginación y otra de actuación. En mi caso, lo oscuro lo llena todo y pienso que una debe salir al mundo a la búsqueda de la sensación. [...] [A] mí me gusta mirar detrás del velo. Experimentar. Vivir algunas aventuras. Cuando [...] animo a los lectores a sacar del armario la pala, no estoy usando una frase publicitaria sin más: la tengo, tengo la pala. Lo inquietante, como digo, es una actitud vital, una forma de ver la vida, una fascinación genuina (en Del Río, 2021: s.p.).

¹ «No representar lo visible, sino hacer visible» (traducción mía).

De ahí que sus cuentos estén atravesados por tensiones que van más allá de la representación narrativa, puesto que generan afectos que atraviesan el cuerpo del lector, transformándolo. De entre estos afectos, el preferido de la autora parece ser el miedo; un miedo que, de nuevo, se sitúa más allá de lo puramente diegético y que golpea a lo largo de la lectura. Reléase, en este sentido, la cita con la que se abre esta publicación. Así comienza la incursión al más allá del protagonista de «Mengue», el relato inédito cedido por Martínez Castillo al que se dedica esta edición crítica y que se podrá leer tras este prólogo. La cita con la que comienzo mi reflexión es un claro ejemplo del camino que uno emprende al leer los cuentos de la autora: el lector intuye que en algún momento le secuestrará la sensación de lo oscuro, pero no tiene ningún control sobre ella. La sensación —el viaje— no empezará «hasta que empiece», y lo hará sin llamar a la puerta e instalándose confortablemente en el sofá.

La obra de la autora ha sido estudiada desde diversos ángulos, aunque ciertos aspectos son recurrentes en las lecturas críticas disponibles. Uno de los más importantes, por ejemplo, es la presencia de lo monstruoso en tanto que metaforización a su vez de nuestros miedos y de nuestros deseos más ocultos (Roas, 2019: 30). Tampoco pasa desapercibido el equilibrado juego que Martínez Castillo lleva a cabo con el terror y el humor, como indica Aránzazu Calderón Puerta cuando se refiere al «monstruo ominoso (e hilarante)» (2022: 464). El humor, por cierto, suele venir de la mano de un lenguaje caracterizado por la «maestría en el uso de la oralidad» (Roas, en Martínez Castillo, 2021: 8), rasgo bastante característico del estilo narrativo de la autora. De igual importancia son las inquietudes existenciales y políticas que emanan de los cuentos y que apuntan «al gran tema de la identidad, a otras preocupaciones del ser humano y a críticas a nuestras sociedades actuales» (Álvarez Méndez, 2022: 130).

Todos estos elementos marcan los cuentos de sus dos libros de relatos publicados hasta la fecha: *Reliquias* (2019) y *Ofrendas* (2021), ambos editados por Eolas ediciones. Es notable el constante esfuerzo de la autora por subvertir la hegemonía de lo real (en Bermejo, 2024: 213) y el canon de las convenciones que forman la lente a través de la cual miramos el mundo. Se trata de honrar una y otra vez esa fascinación por lo oscuro que ella confiesa tener; de generar un viaje de sensaciones que raptan al lector no tanto desde un quimérico intento de racionalización de lo irreal como desde su experiencia, alejándolo —aunque solo sea un poco— del sólido cemento de «la dictadura de lo real» (en Del Río 2021: s.p.). Y una vez que empieza el viaje, la duda se queda a vivir en el interior de uno. Desafío a cualquier

lector a abrir *Ofrendas* una noche y a leer el primer cuento titulado «Huecos» para luego cerrar el libro y acto seguido desplazarse por su casa a oscuras. Si bien el susodicho lector podría repetirse que el dios de los huecos no es más que una ficción, las sensaciones movilizadas por el cuento le llevarían a intuir, no sin ciertos sudores fríos, que la realidad también lo es. Ahí reside la potencia de la sensación que coloniza las certezas del lector y cristalizan la duda en el tiempo. En mi caso —y miedosa como soy—, confieso que se acabaron los paseos nocturnos.

Resulta evidente entonces que la sensación de lo inquietante no es algo estático, sino que el viaje se establece como un «devenir» a través de las fuerzas que se inscriben en el cuerpo del lector (Deleuze, 2002: 39). Hay un antes y un después, por lo que la temporalidad deviene elemento esencial en la percepción del miedo, que puede, además, transmitirse de generación en generación. En efecto, al nacer, el ser humano recibe en herencia un cuantioso puñado de miedos incrustados directamente en su cuerpo que, a su vez, transmitirá a su descendencia. Es lo que se conoce como «miedos atávicos», que sobreviven desde nuestros antepasados remotos. Se trata de terrores o inquietudes que son alimento de lo fantástico, y que aparecen desplegados en la narrativa de Ana Martínez Castillo.

Más allá de la pervivencia del miedo en el tiempo, lo cierto es que la cuestión de la temporalidad es importante en los relatos de la autora, aunque aún no ha sido muy comentada. Obsérvese, como bien indica David Roas (en Martínez Castillo, 2021), el juego con los títulos de sus dos libros de cuentos. *Reliquias* remite, como indica la etimología del término, a aquello que queda del pasado. En este caso, las reliquias son miedos ancestrales (Esteban Erlés, en Martínez Castillo, 2019) traducidos en invasiones, apariciones de espectros o seres inquietantes: es la vuelta de *lo otro* con el fin de subvertir el presente. En *Ofrendas*, en cambio, el foco no está puesto en el pasado sino —si se me permite la metáfora gramatical— en el modo subjuntivo, muy relacionado con el futuro: me refiero a la virtualidad y potencialidad del misterio. Etimológicamente, *ofrenda* significa «que ha de ser ofrecido» (DLE, <<https://dle.rae.es/ofrenda>>) o «traer a cambio» (Diccionario Etimológico Castellano). En ese «a cambio» burbujea la contingencia de la duda y el poder de lo (im)posible, como ella misma indica: «Me fascina terriblemente el acto de ofrendar, de ofrecer u ofrecerse a algo que es apabullante y superior a ti, el hecho de entregarse al misterio, mucho más si ese misterio es tan terrible que podría destruirte» (Martínez Castillo, 2021: s.p.).

Tanto las reliquias que vuelven del pasado como las ofrendas que se lanzan al abismo de un futuro incierto aparecen enmarcadas en espacialidades concretas que atrapan el tiempo

y lo detienen. La arquitectura del horror es tan fascinante como aterradora en «Más allá S.L.», cuento que cierra *Reliquias* y en el que el espacio del más allá —que se puede visitar cual parque temático— concentra al mismo tiempo todas las épocas del mundo, y en ellas viven los fantasmas. Huelga decir que los relatos de Martínez Castillo no están poblados únicamente por fantasmas, sino que se lleva a cabo una rica declinación de entes amenazadores atados a un espacio-tiempo particular que pareciera resonar con los conceptos de no-lugar y no-tiempo. En varios cuentos de *Reliquias* como «Elvira» o «Más allá S.L.», los monstruos deciden volver de esas espacialidades y temporalidades atópicas en busca de otras personas a las que llevarse con ellos, entre otras cosas para compartir con alguien la condena de la soledad eterna. Aunque otras veces, como en «Paciencia», parecen hacerlo por el puro placer de ver su paciencia recompensada: «en el bosque había cosas. Cosas antiguas. Cosas muertas que esperaban» (Martínez Castillo, 2019: 51).

En contraposición, algunos cuentos de *Ofrendas* como «Huecos» o «Catoptromancia» no implican tanto el desplazamiento del ente sobrenatural como el del propio humano que se adentra —se ofrece— en espacialidades de la otredad pasando a formar parte de una temporalidad desconocida que pertenece al ya aludido campo de lo virtual. Por otro lado, no es inusual que el momento de contacto con la otredad se caracterice por una interrupción súbita de la percepción del paso del tiempo por parte de los personajes, como si el mundo se detuviera. Esa sensación de segundos detenidos es particularmente eficaz en «Madre Larva», donde la descripción de la imponente madre larva —«su carne, su pelo, sus ojos» (2021: 58)— consigue fijarse en la retina del lector. En este y otros cuentos, por cierto, la animalidad abyecta de los insectos pululando en el bullicio resuena con lo dicho por Julia Kristeva, para quien la abyección es todo aquello que perturba una identidad o un orden y que sobrepasa los límites. La filósofa ofrece como ejemplo paradigmático el cadáver, ya que encarna la muerte infestando la vida (1980: 12). Los cuerpos podridos, los gusanos, las hormigas... son una manifestación explícita del paso del tiempo carcomiendo la solidez del cadáver de forma irrevocable.

También en «Madre Larva» hay un elemento que me interesa rescatar puesto que volveremos a encontrarlo en «Mengue», y es la exploración del estado alterado de conciencia en el que, por definición, se trastorna la experiencia subjetiva del espacio-tiempo. En ambos relatos se accede a dicho estado gracias al consumo de una sustancia, aunque en otros cuentos —pienso en «El nido» (*Reliquias*) y «Ofrendas» (*Ofrendas*)— los personajes no necesitan ningún tipo de estupefaciente para experimentar aquello que poco dista de la locura y que

genera en el lector esa particular sensación a medio camino entre la incompreensión y la intranquilidad. En estos dos cuentos es el relato que los propios personajes se narran sobre ellos mismos y sobre su mundo lo que les conduce a la ejecución de lo inconcebible. En otras ocasiones, la autora va más lejos y engendra una ruptura en el seno mismo del lenguaje. Por ejemplo, en «Llena eres de gracia» (*Ofrendas*) —pero no solo— asistimos a la transgresión de la coherencia sintáctica en un rezo hartamente inquietante: «Dios te salve, María, llena eres de gracia llena eres llena eres llena eres llena eres llena eres llena eres llénanos» (2021: 109). El desgarramiento del tejido verbal del cuento y el desbordamiento de las palabras sirve para mostrar por sí sola la progresiva e irreversible pérdida de control de los personajes. El uso de estas estrategias desautomatizadoras permite a la autora llevar a cabo una implícita reflexión sobre el poder de la palabra en la (de)construcción de realidad. De hecho, son frecuentes los homenajes a las palabras del pasado y a los clásicos de una literatura —a menudo fantástica o esotérica— que parece estar destinada a desaparecer en el futuro. Es más, en «Reliquias» (*Reliquias*), «Madre Larva» y «Cántico» (*Ofrendas*), las tramas se sitúan en un futuro indeterminado —con posibilidad de ser leídas en clave distópica— para cuya sociedad los libros son símbolo de suciedad y arcaísmo, aunque no siempre para los personajes protagonistas, como las jóvenes que en «Cántico» viven hechizadas ante el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz.

También el protagonista de «Mengue» siente fervor hacia las palabras del pasado, aunque en este caso se trata de la *Historia del Espiritismo* de Arthur Conan Doyle. «Mengue» es, recordemos, el cuento inédito de Ana Martínez Castillo disponible a continuación. No me detendré en exceso en su análisis; querría preservar el placer de la sorpresa que espera al lector de estas líneas. Sin embargo, sí quisiera hacer algunos comentarios previos, ya que, en mi opinión, gran parte de los elementos expuestos en las páginas anteriores aparecen concentrados y expuestos aquí con un alto dominio narrativo.

Las primeras líneas anuncian el tono de lo que está por llegar al relegar la explicación científica de la realidad a un segundo plano y priorizar el acercamiento espiritista de Conan Doyle o la experiencia de la música, la locura o la oscuridad. Frente a la racionalización que no duda de sí misma, este comienzo remite al puro sentir, de ahí que el resto del cuento sea toda una experiencia de la incertidumbre. En este sentido, el personaje del Loco resulta esclarecedor, ya que encarna la deformación psíquica sufrida al haberse visto sacudido por la percepción de aquellas fuerzas invisibles que nos rodean. El paso del tiempo no conducirá a

una progresiva cordura del Loco: acceder a cierto tipo de información puede causar daños irreversibles y permanentes.

La experiencia de lo real del narrador homodiegético —cuya voz se caracteriza por una marcada oralidad— también va a verse modificada. Es entonces cuando aparecen los huecos, motivo recurrente y esencial en la narrativa de la autora que representa los agujeros que se cueban en nuestra idea de lo real y que lo fantástico disfruta tanto sugiriendo en sus líneas. Sin embargo, «Mengue» no plantea únicamente la existencia de oquedades en la trama de realidad. Martínez Castillo dilata el juego con el lenguaje que había empezado a entreverse en algunos de sus cuentos anteriores al instalar los huecos en la propia superficie verbal. Estamos ante un excelente ejemplo de lo que Mery Erdal Jordan (1998) llamó «fantástico de lenguaje», en el cual la transgresión no es provocada tanto por un suceso perceptivo como por un acontecimiento en la propia retórica del discurso. Así —y retomando la idea de sensación que ha articulado este trabajo— la pérdida de puntos de referencia espaciales y temporales del personaje es visibilizada desde la experiencia al provocar en el lector sensaciones que remiten a un estado alterado similar al del personaje, y ello gracias al desconcierto que provocan los jirones sintácticos y los pliegues verbales del cuento.

Basten estas páginas como breve introducción a la asombrosa y cualitativa narrativa de Ana Martínez Castillo, y como prefacio de la historia que se despliega a continuación. No quisiera haber revelado algunos de sus secretos y con ello haber favorecido la amortiguación del golpe de la sensación. El pliegue de lo fantástico no puede ser dócil. Hay tanta inquietud como placer en emprender un viaje que empieza *cuando empieza* y que nadie sabe cuándo acaba.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ MÉNDEZ, Natalia (2022), «El discurso subversivo de Patricia Esteban Erlés en el contexto de lo fantástico feminista», *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, 31, pp. 125-143.
- BERMEJO, Javier Ignacio Alarcón (2024), «Lo sublime, lo siniestro, lo abyecto, lo terrible. Entrevista a Ana Martínez Castillo», *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 12, n.º. 1, pp. 211-214.
- CALDERÓN PUERTA, Aránzazu (2022), «“Mi vieja es una zombi”. Humor y feminismo en el relato “El amor de una madre” de Ana Martínez Castillo», *eHumanista: IVITRA*, 22, pp. 461-475.
- DELEUZE, Gilles (2002), *Francis Bacon, logique de la sensation*, Paris, Éditions du Seuil.
- DEL RÍO, Isabel (2021): «“Soy muy partidaria del sagrado derecho de la mujer a ser cruel, malvada, a ponerse de parte de la herida. En las antípodas de esa imagen patriarcal y típica de “la madre que cuida y protege”. Entrevista a Ana Martínez Castillo», en [https://www.libros-Clara Siminiani León (ed.) (2025), «“Mengue”, de Ana Martínez Castillo», *Cuadernos de Aleph*, 18, pp. 252-267.

prohibidos.com/entrevista-ana-martinez-castillo-autora-editora-inlimbo-libros-prohibidos/] (03/03/2025).

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, «Ofrenda», en [<https://dle.rae.es/ofrenda>] (08/03/2025).

DICCIONARIO ETIMOLÓGICO CASTELLANO EN LÍNEA, «Ofrenda», en [<https://etimologias.dechile.net/?ofrenda>] (08/03/2025).

ERDAL JORDAN, Mery (1998), *La narrativa fantástica. Evolución del género y su relación con las concepciones del lenguaje*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert.

KRISTEVA, Julia (1980), *Pouvoirs de l'horreur: essai sur l'abjection*, Paris, Éditions du Seuil.

MARTÍNEZ CASTILLO, Ana (2019), *Reliquias*, León, Eolas Ediciones.

MARTÍNEZ CASTILLO, Ana (2021), *Ofrendas*, León, Eolas ediciones.

ROAS, David (2011), *Tras los límites de lo real: una definición de lo fantástico*, Madrid, Páginas de Espuma.

ROAS, David (2019), «El monstruo fantástico posmoderno: entre la anomalía y la domesticación», *Revista de Literatura*, vol. 81, n.º. 161, pp. 29-56.

MENGUE*

ANA MARTÍNEZ CASTILLO

Dicen los libros que la vida se genera a partir de enzimas. Elementos químicos. Células simples que terminan por evolucionar en células complejas. Aminoácidos. Proteínas. Desarrollo de miles de millones de años. Que somos partículas, dicen. Pura carne y puro cuerpo. Materia orgánica que, cuando acaba su ciclo, se convierte en nada.

Dicen los libros que un pequeño mono africano evoluciona y termina por ser, al cabo de un porrón de tiempo, un ser humano. Todo cerebro. Conexiones neuronales complejas que se mueren y son polvo.

Me río de lo que dicen los libros. Me río de la ciencia. Somos espíritu. Somos alma. Tiene que existir un más allá por cojones. Lo afirman las letras de Momo. Lo afirma Conan Doyle y Conan Doyle es el puto amo. Lo gritan las voces que escucha el Loco cuando se mete un par de rayas. La evidencia está por todas partes. En el aire que respiramos. En la oscuridad que queda cuando se cierran los párpados.

Por eso hay que desechar los dogmas materialistas con los que siempre nos han educado. Lo que nos hacían aprender en la escuela. Lo que repiten a todas horas los programas de la tele. Abrir los ojos y ver lo invisible. Imaginar el otro lado. Saber que existe. No dudarlo. Leer a Conan Doyle comprendiendo lo que dice. Comprendiendo. Porque está lleno de verdades y revelaciones.

El libro lo trajo el Loco cuando se fue tres meses con la comunidad de tipos raros esos. Buscaban lo espiritual e iban por ahí abrazando árboles, entonando canciones a la luz de la hoguera y narrando cuentos antiguos, relatos de cuando la gente no desechaba lo invisible, de cuando el Libro de Libros (que lo llamaban así, contaba el Loco) era verdad y ley. Ellos tenían uno y lo leían. Escuchaba el Loco recitar la Biblia cada noche y eran palabras que daban vueltas una y otra vez dentro de su cabeza. Él solo había ido allí porque conoció a un tipo que se llamaba Mike y lo convenció. Le dijo que iba a flipar y el Loco lo único que quería en la vida era flipar. Colocarse y flipar. Irse de su casa un

* «Mengue» es un cuento inédito de Ana Martínez Castillo y en consecuencia publicado por primera vez en la revista *Cuadernos de Aleph*.

Clara Siminiani León (ed.) (2025), «“Mengue”, de Ana Martínez Castillo», *Cuadernos de Aleph*, 18, pp. 252-267.

tiempo y alucinar y para eso lo mismo le valía aquel tipo que se llamaba Mike, los tíos raros o cualquier otra cosa del mundo.

—El caso es que ahí estaba yo —contaba el Loco— escuchando una y otra vez testimonios que hablaban de Dios. Y venga y venga Dios hasta en la sopa. Hasta que dijeron lo de las almas, tíos, lo de las almas de los que habían sido muertos, tíos, de los que habían sido muertos.

Y eso fue lo que al Loco le hizo clic. Lo que le petó la cabeza. Entrar en contacto con el Misterio, y lo decía así, como en mayúsculas. El Misterio. Con mucho énfasis y ojos abiertos.

—He visto lo invisible, tíos. Lo invisible. Las ánimas de los seres que pululan a nuestro alrededor, por todas partes.

Prepara una raya para cada uno y sigue el Loco de nuevo con su relato, de cómo lo descubrió, de cómo se introdujo muy dentro de su ser la palabra «alma» viviendo entre los tipos raros esos y que sabía con certeza que el espíritu existía, que habitaba dentro del cuerpo, que el cuerpo era como un arcón cerrado y que, si el cuerpo se moría, el arcón se abría y salía el alma. Y estaba el mundo lleno de espectros de difuntos, a nuestro alrededor, por todas partes. No podíamos verlos porque el más allá era inmaterial, imperceptible al ojo humano. Teníamos los sentidos limitados, nuestra naturaleza nos negaba la capacidad de ver las cosas invisibles, pero esas cosas invisibles existían, aunque no las viéramos. Eso era así.

Y resultaba que los tipos raros esos tenían más libros además de la Biblia. Tenían volúmenes antiguos que habían robado y escondido, que sabían de memoria porque necesitaban que lo espiritual perviviera.

—Y se reían en la noche de la ciencia —contaba el Loco—. Fumaban yerba y se reían. Comían setas alucinógenas y se reían. Se descojonaban de las lecciones que se aprendían en la escuela y de los documentales y de la difusión científica y despreciaban todos los pilares de nuestro siglo moderno, tíos, todos los putos pilares de nuestro siglo moderno.

Fue entonces cuando el Loco descubrió la *Historia del Espiritismo* de Conan Doyle, se la guardó en la mochila y nos la trajo. Para que también descubriéramos todos los secretos y veneráramos lo incorpóreo como el resto de la humanidad venera las

partículas subatómicas y las cadenas de ADN. Con fervor. Con auténtico, puro, ilimitado fervor.

Lola le da de nuevo al *play* y escuchamos el quinto disco de Momo otra vez. El más oscuro, el más hermético. Rasga el aire la guitarra eléctrica. Golpea con rabia la batería. Canta Bastian Momo con su voz quebrada, rota por el humo de todos los infiernos. «Caduca la semilla, hierve el hielo. / Se acelera la muerte y vienes tú. /Vienes tú a llevarte lo certero. /Pica la retina que cercenas. /Se entreabren las almas en la noche, /viajan rápido los muertos. /Viajan rápido en la retina de la noche. /En la lengua abierta. /Viajan rápido y vienes tú. /Vienes tú».

Put a loca poesía en la retina de la madrugada. La música y Conan Doyle. Hablar con los difuntos. Intentar la comunicación. Dejarse abrazar por el misterio y saber que es invierno y suena Momo, golpea Momo, se encabrita Momo como los caballos de los muertos. Put a loca poesía, tío.

Clara tararea mientras fuma. Se ríe y el Loco también se ríe y la besa. Celebremos el amor que viven. Un amor demente y fúnebre.

Pau agarra una cerveza y me la pasa. Abriremos los sepulcros. Así se entrega uno a lo oscuro y yo me entrego. Me entrego. Con todas las sabias palabras de los libros, con todas las canciones, con todas las drogas del mundo para abrir los ojos.

El Loco saca el libro. Vamos a repasar la *Historia del espiritismo* una vez más. Mientras la noche vuela ahí fuera, en la ciudad luminosa y limpia y tecnológica y científica y los médicos operan personas y los cuerpos se abren y un cáncer se extirpa y una arteria se cose y un microchip zumba e Internet conecta a miles de millones de personas como la luz conecta los ojos de las moscas y las televisiones y los ordenadores y las placas y los cables y las partículas y los átomos y las células y la santa, limpia, luminosa innovación de todas las tecnologías no sabe nada de los muertos y nosotros, sí.

Nosotros, sí.

Y dice Conan Doyle que uno muere solo. Lo lee el Loco con voz grave. Uno muere solo y está solo y queda nada más que la obra cumplida. Y no sabemos nosotros qué es la obra cumplida porque está todo por cumplirse. Sí sabemos que se fallece sin compañía, que es la defunción un evento solitario. Dice Conan Doyle que se puede hablar con los fantasmas. Lo dice. Él ha hablado con ellos y es un señor muy serio.

Nosotros también queremos charlar con los espectros. Saber cómo es el más allá. Imagina Lola que el otro lado es un lugar oscuro, un lugar sin lugar. Un no espacio donde flotan los espíritus y nos ven y nos escuchan y lo saben todo de nosotros, los vivos. Y suenan sus voces lejanas a través de la radio. «Estoy aquí», dicen los muertos. Aquí. Aquí. Entre nosotros. Pon a grabar en una noche silenciosa y podrás oírlos. Lo hemos hecho muchas veces. En cementerios. En fábricas abandonadas. En ruinas de sanatorios. Solo tienes que ir, darle al botón de *rec* de tu grabadora o de tu móvil o de lo que te dé la gana y formular las preguntas. «¿Quiénes sois?», pregunta Pau. «Almas». Almas, tío. Dicen que son almas de difuntos. ¿Cómo es el otro lado? «Dimensional». Dimensional, tío. ¿Qué es eso, tío? Me parece un flipe. En serio. Un flipe. ¿Cómo es el otro lado? «Precioso», dicen las voces marcando en un susurro cada sílaba. Pre-cio-so. Dicho como un aliento cantado, como un vaho que se extiende, como si te lo dijeran al oído. Pre-cio-so. Qué flipe. De verdad, qué puñetero flipe.

Querría saber cómo es de verdad el más allá. «Os lo he contado mil veces», insiste el Loco mientras enrolla un billete y se mete en el cuerpo otra raya. La droga hace que el Loco entre en bucle. Se le engancha el cerebro a menudo. Desde siempre. Desde que lo conocemos. Entra en bucle el Loco y suelta:

—Escucha, tío, escucha bien lo que te digo, tío, que yo lo he visto, tío, lo he, el otro lado, tío, he visto el más allá, escucha, lo he visto, digo, tío, escucha bien, escucha bien, escucha visto, lo he visto, lo he bien, tío, he visto el más allá, el más allá, el más allá.

—Que sí. Pero Loco, ibas muy pedo. ¿Cómo puedes saber que fue verdad? Si en el retiro aquel con los tipos raros esos te metiste un montón de mierda, ¿cómo puedes saber que es verdad?

Y el Loco abre los ojos y reproduce de nuevo su bucle como el que vuelve a poner una y otra vez el disco de Momo. Y se mueve muy rápido e impresiona lo que dice y ahora va a ser imposible del todo sacarlo de ahí, atascado el cerebro en lo que vio. Porque afirma el Loco que se puede viajar al otro lado. Que se puede ir y volver. Que viaja tu mente y no tu cuerpo, que tu mente vuela a donde quiera que esté el otro mundo, traspasa las dimensiones o yo qué sé y el caso es que ves y hueles y sientes el más allá como si fueras un alma más, un alma difunta que acabara de llegar a las puertas del Hades. Pero no estás muerto, no. Solo estás colocado, colocadísimo, puestísimo

hasta las cejas de una sustancia que se llama mengue y que sirve para viajar al mundo de los muertos.

El Loco sigue y sigue y lo escuchamos como el que tiene puesta la radio, con su bucle de fondo. Y Clara dice que oye, por qué no comprobamos si es verdad lo que cuenta el Loco, si se puede ir al otro lado, que lo mismo es verdad y tenemos en un momento la experiencia total de nuestras vidas, la que marcará un antes y un después y lo cambiará todo para siempre jamás. Y a mí, allí en la noche, con Momo y el Loco en bucle de música ambiental, me parece una idea buenísima. A ver por qué no. Si el Loco pudo en la comunidad de los tipos raros esos, a ver por qué no vamos a poder nosotros viajar al reino de los muertos y volver, conseguir mengue y volver.

Así que Pau llama al primo. No es tan tarde como para que no conteste. Apenas es la una y queda por delante una madrugada entera. Siempre está atento a llamadas intempestivas. El primo contestará y Pau marca su número.

—Oye, primo. Oye, ¿dónde se pilla? ¿Dónde se pilla mengue, primo? ¿Te suena, primo? Mengue. Sí, ahora. Hoy. Esta noche, primo. Pregun. Sí. Pregunta por ahí, primo. Pregun. Sí.

El primo dice que llama luego. Que tiene que indagar porque no le suena. Pero que conoce a un tipo que lo mismo sí. Y una media hora más tarde el primo llama y dice que hecho. Que el tipo aquel conocía a otro tipo que conocía a otro tipo que conocía a otro tipo y este último conocía a un gitano que le ha dicho que si queremos pillar mengue, que vayamos. Pero que vayamos ya, que si tardamos la jefa se va a enfadar y no nos va a vender nada. «¿Y cuánto cuesta?», oigo que pregunta Pau. Cuesta 50 pavos. Vale. 50 pavos cuesta ir al mundo de los muertos. El más allá a 50 pavos de distancia. Ponemos 10 cada uno. Ponemos 10 y lo probamos todos y vamos juntos de visita al inframundo. De visita. A ver cómo es aquello. Y luego volvemos cuando se nos pase el pedo como hizo el Loco cuando estuvo con los tipos raros esos.

De manera que Pau y yo vamos. Y las chicas se quedan en el sótano escuchando el bucle endemoniado del Loco que sigue con la misma cantinela. Arranca Pau el coche y salimos zumbando al barrio de los gitanos. Veloces como los muertos, apretando el acelerador y pasando todos los semáforos en ámbar.

Aparca Pau en las afueras del barrio y en una esquina nos está esperando el gitano que conoce al tipo que conoce al tipo que conoce al tipo que conoce al primo. Y nos

lleva a un edificio medio en ruinas, un edificio igual a las otras quinientas noventa y nueve viviendas del barrio de los gitanos, destartado, cochambroso, repleto de basura por ahí como el que no quiere la cosa. En la noche helada brillan las hogueras en el descampado y ladran los perros y la calle y los portales están de bote en bote de hombres con cadenas de oro al cuello y mujeres en bata que nos miran de primeras, pero que luego hacen como si no estuviéramos.

Nos lleva el gitano por las escaleras de un portal hasta un piso que tiene la puerta abierta y que huele a cocido y lejía y orines de gato y allí hay una anciana sentada frente a una mesa camilla, una anciana ancianísima que sonrío y no tiene dientes. Nos dice que pasemos y pasamos. Y el gitano se queda en la puerta, de pie, vigilando. A la gitana no se le mueve ni un pelo del moño blanco. Habla despacio, pero nosotros vamos deprisa. Como los muertos viajando por la voz de la gitana, pausada, pastosa, llena de babas. No se entiende lo que dice. No se le entiende casi nada porque habla con una mezcla de varios idiomas o no pronuncia o el aire se le escapa entre las encías peladas. Y me parece entender que dice que vamos a morir, que la cosa no es para payos, que es ritual, y que se puede, pero no, se puede solo si se sabe, pero que bah, qué le importa a ella si unos payos se mueren, bah, venga, la guita y fuera de aquí cagando leches.

Así que nos vamos de vuelta al sótano del Loco, donde todo sigue tal y como lo dejamos, con el Loco a lo suyo y Lola y Clara bebiendo y tarareando, y nos reciben con los brazos abiertos preguntando que si ya. Si lo tenemos. Claro, claro que lo tenemos. Pau se lo saca del bolsillo. Enseña lo que la vieja nos ha dado, y es una crema maloliente dentro de un tapón de botella de plástico, envuelta en una platilla. Tiene pinta extraña, pero da igual. Da igual si es la puerta para el mundo de los muertos. Y dice el Loco que sí, que es así, que el mengue tiene ese aspecto inquietante, que lo hacen los gitanos en sus casas, sepa Dios mezclando qué, y que hay que frotarse un poco en las encías, tumbarse y esperar. «Que no pasa nada, tío, no pasa nada, yo lo he, tío, yo lo he, ido y vuelto, y era igual, igual, tío, ido y vuelto con los tipos raros esos, yo lo he».

Si lo dice el Loco, la verdad, ya da más confianza y es Lola la primera que moja el meñique en la pasta asquerosa y se frota las encías. Luego Clara, luego Pau, luego el Loco y luego yo, hasta que se acaba el mengue y nos tumbamos a esperar a que empiece el viaje al más allá. Pero no empieza hasta que empieza. Con la boca dormida y un cosquilleo

en la punta de los dedos y una sensación como de que se te quedan rígidas las piernas y no puedes moverte nada, pero nada.

Y de pronto me da un poco de miedo por si me muero de verdad. Por si me muero y no hay mundo de los muertos. Porque si uno palma y hay un más allá, bueno. Pero si resulta que después de todo no hay, es una putada muy gorda. Una putada. Y yo no quiero que me pase nada. No quiero morirme en serio. Y me da mal rollo. Muy mal rollo esa sensación de boca dormida y piernas heladas, a pesar de que la sangre golpea fuerte dentro del corazón y yo la oigo, la oigo, la oigo. A pesar del nervio que me recorre. De los oídos que zumban. De cerrar los ojos y ver la luz. La luz esa que dicen que ven todos los que están muertos. Y antes de la luz oigo a Clara que se ríe, oigo al Loco que se mueve acomodándose en el suelo y me pregunto si los veré cuando entre, si estarán todos al otro lado de la luz o si se viaja solo. Si aquí se viaja solo igual que se muere solo. Todo puede ser. Puede ser cualquier cosa.

Y de pronto sospecho que no tenía que haberme metido esta mierda. Que ha sido un error. Una mala idea. Que, además, tendríamos que haber dejado a alguien vigilando, por si hay que llamar al 112, alguien que nos observe con el teléfono en la mano por si el 112. El Loco, por ejemplo. El Loco se podría haber quedado vigilando. Por si algo va mal, por si algo, por si emergencias. Porque qué. Porque si tengo que ir solo, entonces qué. Si se me quedan las piernas rígidas, entonces qué. Si me muero de verdad, qué. Qué.

Presto atención a mi corazón y lo escucho. Y hace pum, pum, pum. La sangre circula y creo que respiro. Creo. Creo que respiro, pero veo la luz. Y si giro la cabeza, me veo como desde lejos, como desde arriba, tirado en el sofá mugriento del sótano del Loco, y los otros también están tirados, por ahí tirados, y parece como si estuvieran muertos, muertos en realidad, fríos y rígidos y muertos bien muertos. Pero no, seguro que viajan. Seguro que van de camino también hacia la luz. Y voy hacia la luz. Blanca. Tan blanca. Blan. Es blan. La luz. Y entro. Blan. Entro. Y estoy ya en el más allá. Debo de estarlo.

Y el más allá resulta que es igual que el sótano del Loco, pero vacío. No hay nadie. No hay nadie en el sótano. Pero tiene que ser el más allá. Tiene que serlo. Si no, qué. Qué. Si no a ver a dónde cojones he ido. Y escucho mi corazón por si me he muerto. Pum, pum, pum. Está ahí. Sigue estando. Sigue circulando la sangre en las venas.

Pum, pum, pum. Igual de rápido que antes. Y no hay espacios entre los pums. No hay huecos en el sonido de la sangre golpeando. Y diría que el pecho sube y baja. Diría, pero no sé.

Así que camino por el sótano. Sin que esté el Loco y sin que esté nadie. Y sé que eso es el otro lado. Lo sé ahora seguro. Resulta una certeza que me alcanza. Es el otro mundo y escucho un susurro. Escucho un su. Susu.

Abro la puerta del sótano y salgo a los campos blancos. A los camp. Y se presentan.

Dicen que hola.

Dicen qué tal.

Dicen has de caminar un rato y luego párate. Dic. Dicen.

Enfila el camino ese tal y como puedes enfilarlo y gira al otro lado de la casa donde está. Sí, sí. Donde está.

Gira un poco y entra en el hueco. Gir. Un poco. En el hueco, que, aunque es estrecho, cabes.

Caben las almas todas, pero la tuya no. Dic uno. La tuya es un poco más grande. Vas a tener que estrecharte. Tú. Estréchate para caber en el hue.

Y luego no bebas ni comas nada ni si te ofrecen. No be ni co. Nada. Ni si te ofrecen.

O si no, puedes ensanchar tu alma rara que tienes rara y no volver a caber por el hue. De vuelta. Para volver por el hue. Si es que quieres volver. Si no quieres. Dicen. Si no quieres co y be de lo que te den las manos que dan. Y te quedas dentro del hue.

Pero volverás hasta que no pare el pum, pum, pum. Mientras siga el pum, pum, pum, mientras el pum, pum, pum.

Si es que quieres volver. Dicen. Si te quieres quedar. Para el pum. Si te quieres quedar para el pum pum, pum.

Y enfilo el camino que sé enfilarse por los camp blancos, y giro un poco por donde sé girar hasta la casa y el hue, y estrecho para caber y las veo y me miran y las ve y me miran, me miran, me mi.

Y me dan pan, pero no lo toco. Y me dan agua negra agua y no la toco. Y digo que quier volver. A casa. Volver. A casa.

Pero dicen sigue.

Dicen vas a verlo todo.

Y pum, pum, pum sigue.

Dentro del hue. Aquí estamos dentro del hue.

Las almas adelgazadas todas. Como tú. Como tu alma rara dentro. Dic. Estás raro. Estás. No co ni be ni si te dan. Las manos que dan. Estás raro. Dicen.

Y dejan que pase a través del hue hasta un espacio que no es espacio que no es hue. Pum, pum, pum. Mientras toque. Mientras siga. Y vas a vernos.

Has venido a estar aquí un rato. Un tiempo. Tu alma rara. Dicen.

Pero no hablan por bocas. Ni hablan por dientes. Son delgadas. Mucho. Much.

Y ahora te lo vamos a revelar. Te lo vamos a dec.

Has venido con tu pum, pum, pum. Te lo vamos a decir todo, todo, todo.

De los hue, del frío. Del susu. Te lo vamos a decir del pum, pum, pum.

Lo que hay detrás del hue.

El pum, pum, pum.